

el método de la no doctrina: la poesía de gerard fieret

por nanne timmer

Gerard Fieret (La Haya, 1924-2009) tuvo que esperar hasta los últimos años de su vida para convertirse en un fotógrafo de renombre internacional. Actualmente se encuentran obras suyas en las más distinguidas galerías internacionales. En 2016 y 2017 una exposición dedicada a toda su obra se dio a conocer en París, Turín y La Haya, ciudad donde vivió casi toda su vida y donde fue una conocida figura urbana. En los ochenta se le veía tocar la flauta en la calle y, ya anciano, vagaba con aspecto harapiento y cargando comida para las palomas. Si uno se topaba con Fieret en las calles de La Haya, podía recibir de él un saludo amable —incluso hasta podía contarte una de sus anécdotas e historias—, pero tampoco era raro recibir una incómoda cadena de insultos caídos del cielo. El reconocimiento de su obra frecuentemente estuvo ligado al

lugar marginal que ocupó Fieret dentro del mundo del arte. Hay una inevitable ironía en la forma en cómo se celebra actualmente la originalidad y autenticidad de su fotografía en un mundo que en su día lo apartó. La mirada incómoda de Fieret, la del paranoico y problemático, no sólo dice mucho de su figura, sino también de su entorno. La actitud de los curadores y galeristas hacia la persona y el arte de Fieret es doble: hay fascinación y rechazo, como si adoptarlo no hubiera sido un problema si éste no mordiese. Pero el bicho Fieret mordía, y se reía, y eso era en esencia todo lo que había hecho.

Gerard Fieret vivía atormentado por varios temas. Uno de ellos era el sentirse incomprendido en su expresión artística, la cual hasta 1965 principalmente se enfocó en el dibujo y la poesía. A partir de ese año comenzó a experimentar con la cámara y a chocar con el mundo de la fotografía, que, a su ver, se dividía en dos vertientes: la de aquellos que sólo se preocupaban por el realismo y la técnica, “los hombrecitos Hasselblad”, los del “lobby de la fotografía” como él los llamaba, que podían hacer pasar a Fieret por un simple chapucero; y la de los artistas más reconocidos (“los ejércitos de incultos asociables”) que, según él, dedicaban el tiempo a robarle sus poemas y negativos y exponer sus fotos como si fueran propias. Fieret hablaba de “infiltraciones y saqueos”, frecuentemente “llevados a cabo por una muchachita linda que contrataban para ello”, según el artista.¹

Es decir, su lugar en el mundo del arte era efectivamente marginal y absolutamente inclasificable. En aquellos tiempos la distinción entre los autodidactas y los que se habían formado en la academia de bellas artes estaba bien marcada. Pero ni siquiera este criterio tan amplio podía abarcar a Fieret: en su juventud asistió por algún tiempo a la academia, pero nunca la terminó. Después volvió a estar vinculado a la academia realizando trabajos como conserje, asistente o modelo, y de ese modo pudo seguir nutriendo su curiosidad por un camino alternativo. Su vida, sin embargo, fue más complicada

¹ Sinderen, p. 547.

que este dato casual sobre su paso por las escuelas. Cuando tenía dos años su padre abandonó a la familia y él fue criado por “el matriarcado”² como decía. Su madre, que sufría de tuberculosis, frecuentaba sanatorios, así que Gerard pasó gran parte de su infancia en internados. Durante la guerra, en 1943, lo mandaron a hacer trabajos forzados en Alemania. Retomaría su camino artístico una vez finalizada la misma, aunque el trauma que esa experiencia le causó significaría una dificultad añadida. En los cincuenta publicó dos poemas en una antología del poeta experimental Paul Rodenko, y expuso algunos dibujos; mientras que en la década siguiente -entre 1965 y 1975- empezó a dedicarse compulsivamente a la fotografía poseído por una creatividad arrebatadora. De su cámara brotaron miles de imágenes fraguadas en ese cuarto oscuro donde solía trabajar sin agua corriente y en compañía de un gato ciego. Las imágenes en las fotos muestran una Holanda de los sesenta: tiempos de revolución sexual y de liberación de estrechos dogmas religiosos y morales. Se ven escenas de una ciudad en movimiento —tanto urbanas como íntimas. Hay una voluntad de registrar y archivar no sólo el mundo que lo rodea, sino también su propia percepción y conexión con todo lo demás. Esa mirada nos da acceso a un rechazo de las convenciones artísticas y burguesas así como a una entrega a la máquina creativa y sin freno que abraza todo lo espontáneo, lo fugaz, lo lúdico y transgresivo: “Quiero tenerlo todo, no existe la foto fallida”.³ Muy de su tiempo también la convivencia con los movimientos anarquistas de los *provos* y los *gnomos*, y visible el vínculo entre Fieret y ellos en la publicación de su poesía en la revista alternativa *Gandalf*, que se dedicaba a publicar literatura, textos satíricos y dibujos de desnudos, lo que en este tiempo significaba explorar los bordes de la ley. Su obra puede leerse tanto como intervención urbana como un trabajo sobre el archivo y la vida. No sólo por sus composiciones originales, el juego con los desenfoques y la mirada “propia” con respecto a la intimidad, lo frívolo y la sexualidad, sino por su reflexión sobre el medio artístico en sí. Cada impresión de Fieret es

² Sinderen, p. 548.

³ Fieret en una entrevista: Burkom, p.6.

singular: son imágenes a veces en papeles arrugados, con manchas o excrementos de palomas, y a menudo con la firma o estampa de Fieret en grande. Más que fotos, son, en sí mismas, objetos artísticos, y así es como él ha entrado en la historia de la fotografía, transgrediendo las convenciones de una sociedad en tumultuosa transformación. Se hacía llamar “fotográfico”, porque concebía su obra como un entrelugar de dibujo, diseño y escritura con el arte como fin y la técnica fotográfica sólo como uno de los medios a su disposición.

“Se podría decir que en mi caso la poesía es un poderoso río del que nacen dos fuertes ramificaciones, el dibujo y la fotografía. Al final los tres medios se unifican, se funden... La fotografía se vuelve poesía, la poesía se vuelve fotografía, el dibujo se convierte en una forma de escritura, el dibujo y la poesía se convierten en una forma de ver y la fotografía se convierte en un puente en los corredores de un laberinto.”⁴

Fue generoso con sus fotos, algunas las regaló, otras las prestó, y otras fueron compradas o “fueron robadas”. La Universidad de Leiden tiene un gran archivo de fotos suyas y de correspondencia con Fieret en el que se encuentran un sinfín de folios, sobres, postales y papeles de todo tipo garabateados en los que él a veces agradece a la institución y otras, muchas, la enfrenta con furia. Las razones son múltiples: querer ver sus fotos y estamparlas o firmarlas como parte de esa relación especial entre vida y archivo que corre contra el tiempo. O reclamar sus fotos de vuelta. O no estar de acuerdo con formulaciones sobre su vida. También la limpieza de las fotos u otro tipo de procedimientos son algunos de los motivos de sus múltiples reclamos. Después de su muerte en su desvencijada casucha, aparecieron dos grandes bidones llenos de negativos entre los escombros, el caos y la suciedad. Sus fotos han viajado por el mundo, pero de su poesía se sabe poco internacionalmente, a pesar de haber publicado más de diez libros. La inmensa producción fotográfica que dejó sólo abarca

⁴ Fieret en una carta personal: Leijerzapf, 1985.

diez años de su vida. El resto de su vida lo dedicó sobre todo al dibujo y a la poesía, cuando no andaba ocupado con sus palomas. Muchos de sus poemas los escribió en posavasos⁵, al igual que sus dibujos, cuando frecuentaba el bar *De Posthoorn*, en La Haya (los días que lo dejaban entrar). Fue un hombre extravagante y con un gran encanto particular, pero fue también una persona difícil, que podía ser agresiva y paranoica. Esto le causó la exclusión de muchos lugares. Su enfermedad psíquica hizo que sus últimos años los pasara solo y marginado. Mientras algunas de sus fotos se vendían por 10.000 dólares en Nueva York, el artista vivía sin calefacción, entre ratones y palomas, y durmiendo sobre una silla. Las fotos en esos catálogos habían dejado hacía mucho tiempo de ser de su propiedad, aunque en su paranoia sobre la expropiación se había asegurado de firmarlas y estamparlas. Su preocupación era sobre todo alimentar a las palomas. A menudo podía vérselo con una bicicleta -en una mano- y cubos de comida colgando del manillar para “sus” pájaros. Así iba haciendo su recorrido por lugares fijos donde les daba de comer. En su poesía se despliega la ciudad, la estepa y la lluvia como motivos recurrentes, al igual que el “hombrepájaro”, que era tal como se le conocía en La Haya. El desdoblamiento psíquico, la experiencia humana y el viaje existencial son ingredientes constantes en una obra no exenta de delirio. Su lenguaje es fresco, el humor y la ironía son marcas muy propias de su estilo vital, al igual que en su fotografía. Los poemas que se presentan a continuación provienen de los siguientes libros: *De lasso van de minnaar (El lazo del amante)* (1980), *Filosofie van een vlinder (Filosofía de una mariposa)* (1976), *Als een Kayak mijn woorden (Como un kayak mis palabras)* (1973), y *Een nieuw lint (Una nueva corteza)* (1973) —publicados por reconocidas editoriales— y *Lied van de hardstenen engel, (Canción de un ángel de piedra dura)*, y *Stem van Phylogologos (Voz de Phylogologos)* (1974), estos últimos escritos a mano o a máquina y presentados como fascímil bajo el sello propio e independiente Alhambra Press o Wieteke van Dort Producties.

⁵ El gemeentemuseum de La Haya tiene una colección de miles de posavasos dibujados por él.

De la extensa producción poética de Fieret, he seleccionado treinta poemas que, a mi entender, pueden inscribirse entre los más logrados que compuso. Me ha interesado especialmente explorar el sondeo tan propio del autor en tres zonas: el yo, la existencia y la mirada. Esto incluye el pensar el yo como otro, el vivir entre lluvia, vacío y reflexión, y el trazar una imagen — y luego contemplarla con humor. También he buscado, en esta antología, privilegiar la fuerza del despojamiento, optando por poemas que pudieran existir autónomamente y no sólo como serie fragmentada.

En la enorme cantidad de poemas que escribió hay de todo, tal como en sus fotografías. Para él, no existía el poema fallido. Su legado son apuntes alucinantes, construcciones sofisticadas y publicaciones con faltas de ortografía, poemas minimalistas y otros de entrega lírica o con problemas de sintaxis. Y todos son parte de un *flow* incesante en el que surgen textos a través de los que se puede ver el mundo en su sencillez y complejidad como si fueran caleidoscopios, sirviéndose siempre de esa risa mordaz. Poemas que como el ojo y la cámara desenvuelven lo que tenemos delante e invitan a asomarse y a compartir esa mirada poética y única del fiero Fieret.